

MOTIVACIÓN RAMA DE FAMILIAS, ZONA CORDILLERA.

Vivimos tiempos de aceleración, de confrontación y de incertidumbre. No hay dimensión de nuestra vida y de la vida del mundo que no esté remecida, estremecida e interpelada. **La barca no sólo de la iglesia, sino de la humanidad, de nuestro país y de nuestra Familia, navega en medio de aguas turbulentas.**

La imagen y el texto bíblico, que nos acompañan en este encuentro son gráficas y elocuentes: “la tempestad calmada”, no es sólo la tempestad ni sólo la calma.

Casi como una imagen de la vida y de la historia, que nos invita a asumir el claroscuro, las encrucijadas y las tensiones, en medio de las cuales la vida misma se desenvuelve, se desarrolla y manifiesta. Porque la vida no es plana ni horizontal, es dinámica y está en movimiento, en constante desarrollo y evolución, en permanentes tensiones que nos hablan de procesos vitales y, desde la fe, de un desafío de redención y salvación que tiene que atravesar la historia presente, pasada y futura.

La barca de todas las dimensiones vinculares está remecida y estremecida: lo personal, lo familiar, lo social, lo laboral, lo económico, lo comunicacional, lo espiritual, lo histórico, lo ciudadano, lo político, lo institucional. También nuestra barca como Familia de Schoenstatt frente a los últimos acontecimientos y conocimientos, acerca de las causas del exilio del padre fundador y sus consecuencias.

¿Cómo vivir estos tiempos de confrontación, de aceleración, de cambio?

Podríamos vivirlo desde el desánimo, porque hasta hace un tiempo teníamos un relativo orden y seguridad y, de repente, nos vemos inmersos en medio de un tiempo incierto, complejo y difícil de asir. **Podríamos vivirlo desde una actitud reactiva y defensiva**, porque se nos ha movido tanto el piso que necesitamos sobrevivir o defender nuestra existencia, logros y posiciones. **Podríamos vivirlo desde la indiferencia o la evasión**, ya que muchas situaciones afectan directamente nuestro estilo de vida, nuestros espacios, dinámicas y círculos. **Podríamos vivirlo**, como lo vemos con preocupación en el ámbito social y político, **desde las desgastantes y estériles polarizaciones**; incluso está **la posibilidad de vivirlo, desde el enfrentamiento y la violencia irracional.**

Sin embargo, tiempos de cambio, de confrontación, de aceleración, desde una mirada de fe, **son tiempos y oportunidades de conversión.** Esa dimensión de la coronación que hicimos hace unos meses a nuestra querida Mater en Bellavista: le devolvimos la corona de la misión y ella nos interpeló a la conversión. Nuestro lema parte de ese reconocimiento “con María Reina...”

Una conversión que tiene que alcanzar todas las dimensiones de nuestra vida: personales, comunitarias, espirituales, ciudadanas, culturales y sociales. Para nosotros como familia de Schoenstatt, está significando también confrontarnos, para profundizar y renovar no sólo nuestro carisma en aspectos fundamentales, sino también nuestro vínculo con el fundador y padre de la Familia. Hay un trabajo que harán los historiadores, los teólogos, los biógrafos, pero el alma del carisma pasa por cada uno de nosotros y nuestra propia vivencia, reflexión y decisión.

Al ser testigos y protagonistas de un tiempo de conversión vale la pena entonces preguntarnos: ¿cómo hemos vivido este tiempo? ¿qué certezas hemos reafirmado? ¿qué temores e inseguridades se han despertado? ¿cómo nos situamos frente a la vida en medio de estas múltiples crisis: desde la incertidumbre, el desánimo, la defensa, la evasión, el miedo, la reacción, la polarización? ¿o bien, desde la esperanza, la fe, el encuentro, el diálogo, la necesidad de una revisión propositiva y complementaria?

Sin agotarlas ni jerarquizarlas, les invito a mirar tres dimensiones de esta crisis transversal, que requieren nuestra atención y reflexión:

1. La Historia

Hoy vivimos un tiempo de incertidumbre histórica que nos exige apertura para asumir y encauzar dimensiones, situaciones, impresiones y realidades no conocidas, no reconocidas, no asumidas. Lo vemos, por ejemplo, en nuestro país al reconocer tantas carencias, tantas fracturas, tantos vacíos, tantas dimensiones que hoy buscan canales de expresión y de integración. Muchos de ellos desbordados y reactivos.

Muchas veces hemos mirado la historia con categorías de vencedores y perdedores, de blanco y negro, unilateralmente: el modelo, el sistema, el mercado, el estado, la libertad individual, el todo social, el desarrollo económico, la competitividad, la eficiencia, los resultados, la izquierda, la derecha, ser conservador, ser liberal... **Tales miradas unilaterales impiden una comprensión e integración más completa.**

¿Cuántas realidades, por ejemplo, se han ido incubando de espaldas a nuestras vidas? Hoy nos sorprende y preocupa la polarización, también un cambio cultural valórico acelerado y coyuntural que nos sitúan ante un futuro incierto para nuestros hijos y nietos.

Pero, ¿Cuántas preguntas y realidades no estuvieron, a tiempo, en nuestros diálogos y reflexiones, para complementar miradas y acentos? Nos falta anticiparnos, no por una cuestión estratégica, sino para aportar en miradas más orgánicas e integradoras.

Nos ha pasado también frente a nuestra historia, especialmente la etapa del exilio y todas las preguntas de larga data en torno al carisma y al fundador. Los últimos datos nos han generado sorpresa, dolor, desconfianza y también molestia. Son situaciones que seguramente se aclararán y nos renovarán, pero tenemos que transitar por un tiempo incierto, necesario para confrontar fuentes y posiciones, no asumidas ni profundizadas oportunamente.

¿Cómo entender estos vuelcos, cómo conducirnos en la incertidumbre de tantos ámbitos de nuestra vida?

Hablar de historia es hablar de un espacio de salvación, es decir, de manifestación de Dios en medio de los acontecimientos. En todo, también en lo difícil y sorprendente, también en el error y en el pecado, también en las tensiones y cambios de timón, estamos llamados a descubrir un espacio de salvación, es decir, una realidad que necesita ser integrada a la luz de la fe y del Evangelio.

Nosotros cultivamos, por nuestra cultura de alianza, **una mirada providencialista de la historia.** Todo necesita ser integrado. Y lo que no, buscará cualquier canal, muchas veces desbordado, para emerger.

La integración da paso a la reflexión y comprensión de los procesos históricos, sobre todo cuando los contextos son distintos y necesitan ponerse en diálogo: No se trata de mantenernos en una mirada pasada, porque nos da seguridad, ni dejarnos arrasar por la mirada presente, porque así abrimos nuestra mente. Ni rigidez ni deconstrucción, **sino integración para una mejor comprensión de los cambios, de los acentos, de las necesidades y nuevas realidades.**

La historia es también un espacio de reparación. Porque en esa integración y comprensión percibimos y tendremos que asumir la necesidad de reparar vacíos, fracturas, heridas, distancias, dolores.

Hay heridas personales, familiares, sociales, hay heridas concretas: pensemos en los marginados de las estructuras y modelos, en las discriminación social y cultural tan enquistada en nuestra cultura, en las víctimas de las injusticias en tantos niveles ciudadanos, en los que sufren violencia al interior de las familias, de los barrios, de las instituciones, en la violencia irracional que ha sido la cara oscura de las demandas sociales en nuestra patria; o el dolor de la víctimas de abusos que cada cierto tiempo nos vuelven a mostrar esa herida tan dura y supurante.

¿Cómo nos situamos frente a la historia? El desafío es la integración para comprender sus tensiones, sus vacíos, sus heridas, sus necesidades y frustraciones, así como sus fuerzas creadoras y vitales. Necesitamos situarnos providencialmente, con una mirada de fe capaz de integrar, distinguir, iluminar.

El pasaje de la barca se describe luego de las parábolas y de las sanaciones: Jesús ha venido a enseñar e integrar a tantos que habían quedado fuera del sistema político y religioso, marginados en sus preguntas, necesidades, enfermedades, carencias, diferencias. Luego de esa experiencia, en que se manifiesta como sanador y maestro, duerme en medio de la tempestad. No duerme por indiferencia ante el temor de los apóstoles, duerme seguramente por el cansancio después de haber estado en la primera línea de la historia: sanando, enseñando, integrando, corrigiendo, confrontado, dándose.

2. Los Vínculos

Este tiempo de pandemia en sus límites, en su sombra de dolor y muerte, de incertidumbre laboral y económica, de confinamiento, de necesidad y hambre para muchos, **ha significado reconocer el valor de lo importante**. Hasta ahora nuestra vida muchas veces ha estado manejada desde afuera: exigencias, resultados, eficiencia, competencia, cifras, metas, éxitos, encuestas, medios, redes, modelos, apariencias, comodidad, ostentación, comparaciones.

Hemos redescubierto lo importante: el cuidado de unos por los otros, el bien común solidario y corresponsable. Nuestra familia, nuestro hogar, nuestra vida de fe, nuestro mundo interior, los demás en sus necesidades y precariedad.

La primera escuela, la primera plaza, la primera iglesia, el primer espacio social y público, el primer santuario ha sido la familia. Nuestro lema lo expresa explícitamente: **“desde nuestros santuarios hogares”**. El santuario hogar no sólo como un altar o un espacio de oración, de contribuciones al capital de gracias, de vinculación familiar y de expresión religiosa... **sino también como un taller para la formación del hombre nuevo y la nueva comunidad, de conversión en todas las dimensiones de nuestra vida**. Desde ellos tenemos que aprender a ser humanidad, país, sociedad, iglesia y familia. Todo lo que anhelamos y necesitamos hacia afuera, tenemos que aprender a vivirlo dentro (solidaridad, dignidad, respeto, bien común, justicia, verdad, integración).

Tenemos el desafío de una nueva forma de vincularnos entre todos y con nuestro entorno: no desde cifras, encuestas, diferencias y distancias, sino desde la necesaria corresponsabilidad y solidaridad de nuestros vínculos.

Entre esos vínculos, está el espacio público, que también necesita nuestra colaboración y corresponsabilidad: ese espacio que ha quedado muchas veces a merced de la desafección y la incoherencia, del desorden y el desborde. **El descuido de ese espacio público ha permitido no sólo la expansión de la pandemia, sino también del virus nefasto de la polarización,**

Hemos reafirmado nuestros vínculos centrales y seguros, sin embargo, el desafío es todo el organismo de vinculaciones: el país, los espacios, las personas, el trabajo, las ideas. Y si bien, hay mucha incertidumbre y temor al entorno, hay un desafío de integración y plasmación que exige salir de nosotros mismos para ir al encuentro. **El horizonte político nos genera inseguridad, quisiéramos que todo siguiera igual, pero no será así y si no nos vinculamos también a los procesos y propuestas desde nuestra reflexión y posición personales y comunitarias, no seremos corresponsables con el vínculo al país y al futuro**.

Hoy más que nunca tiene sentido nuestra cruzada por el sano organismo de vinculaciones, como “expresión, camino y seguro” de la experiencia de Dios. Y al percibir tantos vínculos heridos el primer desafío será la sanación y el perdón.

También el desafío que vivimos como Movimiento, nos permitirá profundizar y madurar nuestros vínculos, con nuestro padre y entre nosotros.

Jesús les muestra a sus discípulos que hay que enfrentar la dificultad y la tempestad, que no pueden esconderse ni huir, sino que todos solidariamente pueden hacerle frente y si los venció el miedo es porque cada uno trató de salvarse individualmente y no colectivamente; y porque no reconocieron en ese hombre dormido al mismo que sanó y liberó a tantos de sus miedos, heridas y dolores.

3. La Realidad

Una última dimensión que necesitamos profundizar es la realidad, especialmente nuestra forma de relacionarnos con ella.

Hemos visto como una de las causas de muchas crisis tiene que ver con la desconexión con la realidad: pasó frente a los abusos y su conducción, pero también frente a tantas realidades invisibilizadas o miradas desde el rigor moral o las formas externas; pasó con el estallido social y los conflictos sociales en general, ante los cuales no hubo o no ha habido respuestas no sólo adecuadas u oportunas, sino empáticas, realistas e integradoras; nos pasó como Familia ante las preguntas en torno a la historia y a nuestro padre, rápidamente justificamos la forma en que se había transmitido esta etapa de nuestra historia, sin acoger las dudas, el dolor y las molestias, así como la sensibilidad frente a determinados temas. Nos pasa seguramente en nuestras familias, cuando por estar tan volcados al trabajo, a nuestras cosas o a las exigencias externas, no percibimos los problemas de nuestros hijos e hijas, o de nuestro cónyuge.

La realidad no es un dato: es el espacio donde Dios hace historia y conduce la historia, por eso no es irrelevante el desafío de aprender a relacionarnos con la realidad con categorías nuevas: **ni indiferencia ni indolencia, ni prescindencia ni ignorancia, ni distancia ni desconfianza. Al contrario: la realidad es un espacio de encuentro, una posibilidad de complemento y una oportunidad de colaboración activa.**

Es un espacio para nuestra misión, **“para los nuevos tiempos”**, pero no desde una posición de superioridad o autosuficiencia, tampoco desde el paternalismo o el asistencialismo. **Es desde el encuentro y del mutuo enriquecimiento:** la realidad nos interpela y complementa, cada uno de nosotros también complementa y cuestiona la realidad. **Muchos de los conflictos que tenemos es por mirar la realidad sólo desde una óptica y, muchas veces, sólo desde nuestra óptica.**

Jesús les pidió a sus discípulos ir a la otra orilla: la otra orilla es el espacio desconocido, es salir de lo seguro y conocido para internarse en la novedad y la incertidumbre de lo que está más allá de mis círculos, de mis formas, de mis seguridades. Es internarse en la realidad de la vida, que es mucho más diversa, más compleja y exigente que nuestras seguridades. Pero ellos van con Jesús y van juntos, y Jesús les mostró un camino: el camino del encuentro, del

mutuo enriquecimiento, del aprendizaje a través de los demás y del servicio desinteresado a la vida de los demás.

Los nuevos tiempos tienen que ver con la forma como nos relacionamos con la realidad. Queremos buscar cómo responder a los desafíos que enfrentamos, pero es importante reconocer que no somos “la respuesta”. Si queremos aportar a la iglesia y a la sociedad concretas, es a través del diálogo, el complemento, el mutuo enriquecimiento. Así nuestro aporte tiene una mejor base: parte de la valoración del otro y la apertura al otro. No es relativizar nuestra conciencia de misión, sino más bien enriquecerla, es liberarla de prejuicios, recetas, mesianismos y condicionamientos, para juntos enfrentar los desafíos que son de todos, desde nuestra misión original.

La Mater es una grandiosa escuela para vivir estos tiempos de conversión: en ella se une e integra la historia, en Ella se unen los vínculos naturales y sobrenaturales, Ella sale al encuentro de la realidad para dejarse tocar y, a su vez, plasmarla.

P. Juan Pablo Rovegno Michell